

cristianas dirán siempre, que si María es nuestra Madre, no puede ménos de ser nuestra amante; y que si María es amante nuestra, no puede ménos de ser nuestra Esperanza.

Y ahora permitid, hermanos míos, que al final de mi discurso, reflexionando acerca de todo lo expuesto, me consuele con la grata idea, de que mis palabras, tal vez, conseguirán enfervorizar más y más cada día vuestra devoción á María Santísima, de manera, que perseverando en ella no ceséis nunca de invocar y repetir su santísimo nombre, nombre de socorro, nombre de bendición y de salud. Hijos desventurados como somos por la culpa del primer padre, infelices desterrados en este valle de lágrimas y de miserias, afligidos navegantes por el Océano tan lleno de escollos y tan fecundo en naufragios, cobremos ánimo en la esperanza de la protección de María. ¡Ah! cuando se cree que Ella nos fué concedida por piadosa bienhechora, que por Ella los bienaventurados consiguieron su salvación, que aún hoy, por su intercesión, las almas justas y los corazones devotos ven producirse admirables prodigios, no puede hallarse más que una feliz dicha en invocarla. Invocando su patrocinio se tiene un sentimiento profundo de alegría y de consuelo, se obtiene una luz suave, que sirve de guía segura en medio de las sombras peligrosas de esta vida, se adquiere un firme valor para no dejarse abatir por más obstáculos que se interpongan para la conquista del Cielo.

¡Oh María! Tus manos benditas son los canales dichosos, por los cuales se difunden las gracias sobre toda la tierra, vivifican lo que es árido, y hacen florecer de nuevo el desierto cual otro nuevo Edén. A Ti, pues, queremos acudir en todas nuestras necesidades; en Ti, despues de Jesús, queremos colocar nuestra confianza; por Ti queremos esperar de Dios el perdón de nuestras innumerables culpas, el auxilio necesario para afirmar nuestra debilidad, y la perseverancia final; y queremos saludarte con la magnífica invocación con la cual te saludaron y te saludan los pueblos cristianos, ó sea con el título de Madre de la Esperanza.

NUESTRA SEÑORA DE LA EXPECTACION,

Ó DE LA O.

*Quod nascetur ex te Sanctum,
vocabitur filius Dei.*

El santo que de tí nacerá, será
llamado Hijo de Dios.

(Luc. I, 35)

¿Qué significar nos quiere, oyentes, nuestra madre la Iglesia, con la novedad de los cánticos, que en majestuoso y alborozante són hace resonar en nuestros oídos durante los presentes días? En sus alabanzas de anoche comenzára, y hasta en la de la vigilia de la noche feliz en que nos recuerda la Navidad de un Dios hombre, ella entona palabras de júbilo, ella se entusiasma con las más consoladoras invocaciones: su acento es de esperanza; sus súplicas son de salud y redención. Vén ¡oh Sabiduría, emanada de la boca del Altísimo, clama ella, vén á enseñarnos el camino de la prudencia! Vén ¡oh Adonai, á redimirnos con la fuerza de tu brazo misericordioso! ¡Oh raíz de Jesús! vén á libertarnos, no quieras tardar! ¡Llave de David, que abres y nadie cierra, que cierras y nadie abre; Oriente y Sol de justicia, Rey de las gentes, tan deseado por ellas, ¡vén, y saca de la tenebrosa cárcel á los que se hallan presos y maniatados; vén, é ilumina á los que sentados están en la oscuridad y en las sombras de la muerte; vén á salvar al hombre que formaste del polvo de la tierra! Vén ¡oh Emanuel, nuestro rey y legislador, expectación y salvador de las gentes! vén á salvarnos, Señor y Dios nuestro.

¿Qué significación tienen, repito, oyentes, esos fervorosos anhelos de la Iglesia? ¿Qué es lo que con ellos pretende indicarnos? ¿qué recuerdo hacernos presente? ¿A cuál y con qué consideración levantar nuestro espíritu é inflamar nuestro corazón? ¡Ah! esas ardientes ansias de la mística esposa del Cordero sin mancha, en la proximidad

del día en que celebra la memoria de su nacimiento, son el eco de aquellas en que se abrasaba la Virgen venturosa, que lo tenía en su seno inmaculado, y que veía cercana la hora de darle á luz; son una pálida imágen de las que sentía María en vigiliás de su parto asombroso; pálida, sí, pues que es imposible, no diré representarlas con alguna perfección, pero ni siquiera formarse de su ardor una idea. «El Santo que nacerá de Ti será llamado Hijo de Dios;» retumbaba todavía en los castos oídos de la privilegiada Doncella, con aquel acento puro, con aquella misteriosa expresión con que nueve meses atrás pronunciara un Ángel tales palabras: y á su voz divina y consoladora, ¿podía ménos que enardecerse el alma sacrosanta de María? ¿podían dejar de ser inflamados, todo fuego y vehemencia, sus afectos en las cercanías de su alumbramiento? ¡Virgen y Madre, y Madre de un Hijo el Santo por excelencia, Hijo y Dios...! ¡Dicha tanta dentro días pocos...! ¡Oh! esas reflexiones habían necesariamente de tener hecho un volcán el corazón de la escogida Mujer, la más santa de las criaturas todas; habían de derretirle en las más férvidas ansias. Pásemos, pues, á explanar aquéllas y á ensayar, si por las mismas nos será dable, traslucir los fervientes deseos de María en la Expectación de su parto.

Señora, más que nunca necesito hoy fuego en mis ideas, conflagración en mi corazón, llamas en mis labios. Debo tratar de vuestros abrasados afectos; y ¿cómo lo hago si no es todo combustion en mí? Arrojadme una centella de vuestra alma que me encienda; aún más, que me encandezca. Así mis pensamientos y mis expresiones corresponderán, de algún modo, á lo ardoroso del asunto, que comienzo con vuestra vènia y gracia. *A. M.*

Una de las causas, dicen los expositores sagrados, porque las jóvenes judías miraban con desvío el celibato era, porque él las apartaba más que el estado matrimonial del parentesco con el Mesías. Verdad es, que bien terminante se leía en sus profetas, que una virgen era la que había de parir al gran Hijo; pero sea que á la multitud no fuese conocida la genuina significación de aquellos oráculos; sea, lo que parece más probable, que, considerándose la inmensurable dignidad que debía de enoblecera á la admirable doncella, merecedora de tan estupendo privilegio, se contentara la generalidad con pertenecer, más ó ménos inmediatamente, á la ascendencia de la familia santa; lo cierto es, que las mujeres hebreas preferían el matrimonio á la soltería, aún despues que el precepto del Señor de que

su pueblo creciese y se multiplicase, admitía dispensa en razón de que el mundo habíase ya poblado bastante. No me detendré en justificar la conducta de las hijas de Israel tocante á su noble ambición: ninguna necesidad hay, es barto connatural en nosotros, el deseo de engrandecernos para que lo reprobemos en ellas: demasiado honroso era el motivo, para que léjos de censura, no mereciesen aprobación y alabanza. La venida del gran Profeta era para los descendientes de Abrahán el primer dogma de sus religiosas creencias; la esperanza de su glorioso porvenir temporal. El Mesías era esperado por ellos, no solo como un nuevo Aaron, que con sus sacrificios y oraciones había de propiciarles á Dios, si que como otro Josué, que debía hacerles dueños de tierras que manasen leche y miel, y abrirles las puertas de ciudades mucho más famosas que la de Jericó. ¿Qué hay de admirar, pues, que el verdadero israelita reputara como la mayor de las grandezas, el hallarse emparentado con el que con su santidad, poder y gloria debía eclipsar las del mismo Moisés?

No obstante, había una jóven, que, al parecer, no se cuidaba de lo que era el blanco de los anhelos de todos. Huérfana de padres, la hija de Joaquin y Ana, á pesar de pertenecer á la tribu de David, tribu escogida por Dios para dar al mundo su enviado, había hecho voto de virginidad. ¿Sería porque, instruida á fondo en la inteligencia de los libros santos, esperaba poder ser ella la Virgen Madre? NÓ: la humildad de María no consentía tales pensamientos. Ella se daba por dichosa, dice el seráfico Buenaventura, de alcanzar aquel tiempo afortunado, en que pudiese prestar algún servicio y besar la orla de la saya de aquella mujer, que en su purísimo seno había de llevar al que aguardaban los siglos. Y esa mujer, la envidia de su sexo y la honra del género humano era ella misma. Anúnciaselo un Ángel de órden del Señor. ¡Qué revolucion, oyentes, causa en los afectos de María tan sorprendente cuanto portentosa nueva! Los meses trascurren, y Ella ve cumplidas las palabras del que le dijera, que para Dios nada hay imposible: se halla en el último mes de su preñez. Yo me represento una joven casada que se mira vecina á dar á luz á un hijo, único, el primero, ansiado por mucho tiempo; á un hijo, el pimpollo de una prosapia ilustre, el sostén de un linaje preclaro, la esperanza de muchas familias, el heredero de un nombre insigne; y un hijo, en quien su madre debe encontrar el consuelo de la viudez que acaba de herirla, y la grandeza á que fuera elevada y de la que iba á descender... Decidme: ¿cuáles serían los deseos de esa mujer expectante? cuáles las ansias de que se apresurase el venturoso mo-

mento de su parto? ¡Oh! los instantes fuéranle meses, las horas años, los días siglos. Y ¡cómo inculparía la lentitud del tiempo!

El fruto de bendición es el colmo de la dicha de un enlace sobre el que el Cielo ha derramado su gracia: á la verdad, la procreación humana es el fin legítimo del sacramento del matrimonio. La concepción, pues, y por consiguiente la esperanza de un hijo, divide la complacencia entre el varón y la mujer. En María tal satisfacción le pertenecía toda: había sido fecundada sin recurso natural, por obra de un Dios que la escogiera para prodigio tan singular. Esta distinción exclusiva de Ella había de avivar sus afectos hácia el hijo que llevaba en su vientre; había de encender más y más sus ansias de verle nacido. ¿Cómo la consideración de que Ella era su madre, su todo, de que Él era su carne, su sangre, su sustancia, no había de obrar en la venturosa joven un afán de contemplarlo entre sus brazos, que nos es indefinible? ¿Dónde estás, clamaría Ella en el fondo de su alma, dónde estás, hijo á quien tanto debo? Tú me libras del oprobio de la esterilidad; mas, al propio tiempo, tú me dejas fragante la virginal azucena. Tú me proporcionas la dicha, el consuelo y la gloria de ser madre; pero tú no me quitas por ello el honor de permanecer virgen. ¿Dónde estás? ¿Qué no pueda yo todavía darte las gracias por tan maravillosos beneficios estrechándote contra mi pecho amoroso? ¿Por qué no sales á luz á fin de que pueda yo extasiarme con el aspecto de tu hermosura, del candor que brilla en tu inmaculado cuerpito, como á fruto que eres de un lirio incorrupto, como á Hijo de una Madre virgen?

¡Y qué Hijo, oyentes! El Santo ha de nacer de tí, dice á María Gabriel: no un Santo, sinó el Santo por esencia, el Santo de los santos. Los deseos crecen á proporción de la excelencia del objeto deseado. ¿Por qué nosotros amamos más que todo la vida? porque entre todo no hay para nosotros cosa como ella; así es, que el afán para su conservación sobrepuja á todo otro afán. Por qué, no obstante, el que gime en la profundidad de una lóbrega mazmorra antepone á la vida la libertad, puesto que cambiaría con la muerte aquel estado de angustia? Es porque en la violenta situación en que se halla, juzga más preciosa la libertad de que carece que la vida que posee; por eso, todas sus ansias, todos sus suspiros no tienen otro blanco que el que se abran las puertas de aquella mansión, cuya estancia le es tan cruel: nada le importan las riquezas, nada los honores, nada la salud, nada la vida; todo lo daría, si posible fuera, á trueque de alcanzar la libertad: la libertad es lo de que mayor valía le parece,

y su anhelo de recobrarla corre parejas con la estima que de ella hace.

Ahora bien: infinitamente más que la libertad y la vida es la santidad. Ciertamente que no todos lo conocen así; pero también lo es, que María lo sabía de una manera evidentísima. La santidad era para Ella aquel dón incomparable que no puede venir sinó de Dios, ya que es una participación de la divinidad misma; y esa santidad personificada en su Hijo era la que esperaba ver en sus brazos; y esa santidad era la que llevaba en su seno; y esa santidad era la que había santificado á Ella, hermozeando su alma con todas las virtudes. Con todo, si bien la poseía, no podía llamarla suya; la tenía, mas no la gozaba; experimentaba sus efectos, pero no le era dable recrearse con su vista. ¡Qué motivos de suave congoja para María, oyentes! La belleza y las gracias de una encantadora hija, cuya venida está aguardando madre tierna; la índole dulce, las prendas halagadoras, el cariño de un hijo único, de cuya presencia carece, la tienen en mortales ansias: no hay sosiego, no hay reposo para su espíritu ni para su corazón: su delicioso hijo llena todos sus pensamientos; su hijo tan amable todos sus afectos absorbe. De día, su hijo se le presenta más atractivo que nunca en todos los objetos; de noche, ella lo ve risueño y complaciente en la misma oscuridad. Si vela, la sombra gallarda del hijo venusto le está acariciando; si duerme, su voz más deleitable que lo es á reo en capilla la noticia del perdón, suena hechicera en sus oídos. No le habéis sinó de su hijo, si quereis que ría su frente, que sus ojos brillen de placeres, que sus facciones se animen, que su corazón palpite al impulso de la satisfacción más pura. Decidle que no tardará en mecerse con sus encantos, si quereis que se entusiasme hasta lo sumo... Pues, señores, María estaba aguardando la hora de abrazar á su Hijo; á su Hijo, que, por razón de la santidad que esencialmente le convenía, era el conjunto de todas las gracias, el tipo de la pulcritud, el epílogo de todas las perfecciones y grandezas; á su Hijo, que era Dios...

¡Era Dios!!! Oyentes, á este nombre la lengua humana se pega al paladar, y una majestad inmensa oprime el entendimiento finito. ¡María, que suspira por el nacimiento de su Dios encarnado en sus virginales entrañas...! ¡Oh! yo me abismo en un océano sin fondo: mi voz no puede expresarlo. Decídnoslo Vos misma, santísima Doncella, ponderadnos la vehemencia de vuestras ansias de ver nacido á vuestro divino Unigénito. Vos, cuyo amor á Dios excedía de mucho al de los más abrasados serafines, dadnos una idea, si de tanto es ca-

paz nuestra limitada comprension, del ardor con que deseabais alumbrar al mismo que os había criado. Vos, que con más claridad que todos los profetas juntos habíais leído en los secretos del Omnipotente sus designios sobre el humano linaje, y la mision del que llevabais en vuestro seno, hacéndonos vislumbrar el encendido anhelo con que esperabais vuestro parto. Enviad vuestro rocío, encumbrados Cielos, clamaba Isaias con todo el fervor de su arrebatado espíritu; nubes, lloved al justo: ábrete tierra y germina al Salvador. Venid, corred, Señor, gritaba el Profeta, no os detengais; venid á medicar la llaga de nuestro pueblo. Y todos los varones piadosos, desde Adán penitente hasta Zacarías, padre del santo Precursor, levantaban sus brazos al Cielo llamando al que había de salvar al mundo. Sin embargo, ¿qué era ni su amor de Dios y del hombre, ni su conocimiento de las misericordias de Aquel, y del fatal estado de éste en comparacion de los de María? Llena del Espíritu Santo, sublimada al más alto grado de perfeccion, Ella era el espejo en que la divinidad se retrataba. Encendida en el mismo volcán amoroso del que llevaba en su seno, su inmenso amor de Dios descendía en lluvia de fuego á la mísera humanidad; y ¡ay! Ella la veía perdida, envuelta en su culpa y en su desgracia, esclava de su corrupcion y del Infierno... ¿Qué, no ha llegado todavía la hora de la salvacion? Sí, está cercana: de vuestro parto, Virgen divina, de vuestro parto todo depende...

Madres, que por un favor del Cielo habeis tenido algun hijo, que, con sus virtudes, con su saber, con su valor, ha proporcionado mil géneros de bienes á sus semejantes, ha sido el amparo de la miseria, el protector de las desdichas; decidnos, hasta qué punto hubieran llegado vuestras ansias de darle á luz, si llevándolo en vuestro seno, sabido hubieseis cuanto en pró de la infelicidad había de hacer; si se os hubiese revelado, que ya su nacimiento era señalado para principio de paz, de consuelo, de bienandanza. Hermanos míos, María está en cinta de Dios: esta palabra lo dice todo; virtud, saber, valor, llevados á un grado incomprensible; y de un Dios, que viene para regenerar el mundo; para reintegrar al hombre en sus derechos hereditarios de una bienaventuranza eterna; y de un Dios, quien cuarenta siglos hace están esperando afanosas igual número de generaciones, y María se halla próxima á su parto. Cuando se está en viglias de poseer un bien, entónces es cuando crecen las ansias. Nunca el cautivo siente más su esclavitud y suspira por su libertad, que cuando ya está ajustado su rescate. Jamás al menesteroso es tan gravosa su miseria que cuando la cercana adquisicion de un tesoro

reanima sus esperanzas. ¡Qué vivo anhelo no había, pues, de inflamar á María, que cada día de hoy esperaba el siguiente para dar un Dios al mundo, un Redentor al humano linaje! Cómo con más entusiasmo que el profeta de la régia estirpe de Amazias conjurára á la tierra virgen de su vientre que germinase al Salvador. Cómo con el cariño con que la esposa de los Cantares al esposo, y el esposo á la esposa, levántate, dijéra al que había de ser su hijo: apresúrate, amado mío, paloma mía, hermoso mío, vén; es ya tiempo de que me dejes ver tu rostro, y suene en mis oidos tu voz infantil, tu voz dulce, y tu cara peregrina. Vén del bosque del Líbano, esto es, de la oscuridad de mi candoroso seno, vén: yo te coronaré con la diadema de mi ternura entrañable. ¡Oh! ¡y que aún no pueda verte! ¡que aún no pueda estampar en tu frente un beso más afectuoso! Y afectos tales, oyentes, ¡cuán ardientes ansias revelan en María de contemplar nacido á Jesús!

Efectivamente, ardientes las hacían, como habeis visto, la esperanza de tener un hijo, y de tenerlo sin menoscabo de su virginidad, que era lo que formaba todas sus delicias. ¿Y qué hijo? El Santo por excelencia, el modelo de todas las bellezas, el principio de todas las gracias, en una palabra, un Dios; y un Dios que había bajado de la gloria para redimir al hombre, para unir al Cielo con la tierra, para firmar las paces entre el Criador y la criatura. Los ángeles deseaban el alumbramiento de María, el mundo lo suspiraba; y Ella, que veía los anhelos de todos, conocía la proximidad de la hora feliz. Todo conspiraba á enardecer sus ansias: ¡y en nuestros corazones, hoy, ninguna despertarán las de María? Apenas hay cristiano que no desee con afán las fiestas de Navidad: el porqué no en todos desgraciadamente es loable y digno. Pues que á lo ménos para nosotros no sean estériles, por no decir perjudiciales, unos días en que se nos recuerda el origen de todo nuestro bien. Ya que no tenga lugar el deshacernos en vivas ansias de que el Señor nazca temporalmente, procuremos anhelar de todas veras que nazca espiritualmente en nuestras almas, y que nazca para no morir jamás. Así las Pascuas de la memoria de su nacimiento temporal nos serán felices, no con la falsa felicidad de vanos placeres y espléndidos banquetes, sino con la verdadera felicidad de una conciencia pura y tranquila.

Tal es la que os pido, Madre de nuestro Dios; esta felicidad demandando para los fieles cuya devocion hácia Vos, en la consideracion de vuestras inflamadas ansias para ver nacido á Jesús, os festeja en este día con tan pomposos cultos: esta felicidad invoco para todo mi

auditorio. A todos deseo unas fiestas abundantes de toda suerte de bendiciones: no permitais que mis votos salgan fallidos. Así como vuestras ansias quedaron cumplidas con vuestro venturoso parto, haced que mis deseos sean satisfechos con los copiosos raudales de gracias que lluevan sobre nosotros. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DE LA FÉ.

Beata quæ credidisti!
¡Oh bienaventurada tú que has creído!

(Luc. I, 45).

Muchas son las interpretaciones que los Doctores y Padres de la Iglesia dieron al nombre de María, y las más notables son las de los Santos Isidoro, Bernardo y Buenaventura, quienes haciéndolo derivar del vocablo hebreo *maor*, que significa *luminar*, dijeron que este nombre equivalía á *iluminada*. Y esta interpretacion conviene, no sin razon, á la Doncella de Nazareth por el conocimiento de las cosas celestiales que le fué infundido en el alma, y que ilustró prodigiosamente su mente, á pesar de las profundas tinieblas que rodeaban aún á los entendimientos más preclaros.

¿Y cómo no debía de ser iluminada María, si encerraba en sí el cumplimiento de todas las profecías, y debía ser celebrada como Reina de los Profetas? ¿Cómo no debía ser iluminada, si llevó en sus entrañas á Aquel, que comprende en sí los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y que, luz indefectible en sí mismo, vino para disipar la espesa niebla esparcida por la culpa original sobre toda la humanidad?

Aunque bien puede y debe llamarse iluminada á María, por estar llena de la luz de la sabiduría y de la luz de la profecía, sin embargo, se le puede más propiamente atribuirle esta alabanza por estar llena de la luz de la fé. Así pensó San Ignacio, y la llamó: *Maestra de la religion cristiana*; así San Agustin, que la apellidó: *Madre de los creyentes*; lo mismo pensaba San Atanasio, proclamándola: *Destructora de las heregias*; y, finalmente, San Cirilo la encomió como *Cetro de la fé*.

De donde deriva, amados hermanos, la piadosa costumbre de tejer